VICTORIA I

La dueña del mundo

Reina por carambola
Rosario de la Torre

La conquista de la democracia
Alicia Langa

Opulencia y miseria
Esteban Canales

La sociedad en el espejo
Ana Mª Arias de Cossío

A los 81 años de edad, el 22 de enero de 1901, falleció Victoria I, reina de Gran Bretaña e Irlanda, de las Colonias y Dependencias de Europa, Asia, África, América y Australia, emperatriz de la India, defensora de la Fe. Su muerte ponía fin al más largo y glorioso reinado de la Historia de Inglaterra. En su funeral, el predicador dijo: "Ella ha desaparecido y con ella, una época. Se cierra el período glorioso que simbolizaba su nombre... Frente a nosotros se presenta lo desconocido". Acababa de nacer el siglo XX.

Reina por carambola

Una mujer mal preparada para las funciones de gobierno ciñó la corona durante los 64 años de mayor poder y prosperidad del Imperio británico

Rosario de la Torre del Río
Profesora titular de Historia Contemporánea
Universidad Complutense de Madrid

NI ERA HIJA DE REY NI HEREDERA DE la corona cuando nació la mujer más poderosa que hubo en el siglo XIX y la que llevó al Reino Unido al cénit de su explendor y grandeza. Alejandrina Victoria de Hannover llegó al mundo el 24 de mayo de 1819, en el palacio de Kensington, hija del duque de Kent, cuarto descendiente varón de Jorge III. En aquel momento, desempeñaba la regencia el Príncipe de Gales, a causa de la incapacitación del Rey. Sin embargo, su padre –que murió un año después– la concibió como reina, consciente de que la muerte y la esterilidad de sus mayores podrían entregarle el trono.

Y así ocurrió. El incapacitado Jorge III falleció en 1820 y no le sobrevivió mucho su primogénito, que reinó como Jorge IV y murió en 1830. Así ciñó la corona el siguiente príncipe en la línea sucesoria, con el nombre de Guillermo IV. El nuevo rey contaba 65 años y carecía de herederos legítimos, por lo que el Parlamento reconoció el derecho sucesorio a la huérfana del siguiente hermano.

Educación inadecuda

La niña había empezado a crecer, terca, traviesa y sincera, mientras su madre, una sobrina de Leopoldo de Sajonia-Coburgo, la preparaba, a su modo, para el alto destino en el que confiaba. En medio del estallido de nuevas pasiones políticas, la duquesa de Kent se inclinó por el partido de su esposo y los dirigentes *whigs* (liberales) cerraron filas en torno a ella y a la niña. Por entonces, los *tories* (conservadores), que habían dominado la escena política durante más de cuarenta años, comenzaron a declinar. En medio de la crisis, triunfaron las fuerzas del compromiso y se aprobó la Ley de Reforma. El centro de gravedad de la Constitución se situó en las clases medias, los *whigs* llegaron al poder y la duquesa de Kent y su hija pasaron a representar a la mayoría oficial de la nación.

En la portadilla **del dossier, la reina Victoria en su ancianidad (por Bertha Muller, Londres, National Portrait Gallery). Como pase se utiliza un retrato de la reina de 1838, al año siguiente de su acceso al trono. A la** derecha, **Victoria María Luisa de Sajonia-Coburgo, duquesa de Kent, madre de la reina Victoria, en 1843 (por Franz X. Winterhalter, Fulda, Hesse, Museo del castillo de la Faisanerie).**

Había llegado el momento de que la Princesa conociera el destino que le aguardaba; sólo tenía once años y se decidió esperar un año más. La escena es bien conocida: durante la lección de Historia, Drina encuentra en su libro el árbol genealógico de los reyes de Inglaterra; la niña se sorprende, hace una serie de preguntas y, finalmente, comprende la importancia de la información, se queda un momento pensativa y dice significativamente: "Seré buena".

La duquesa de Kent creía que su principal obligación era asegurarse de que Victoria se convirtiera en una reina cristiana y todas sus energías se dirigieron a controlar desmesuradamente a su hija: Victoria alcanzó la juventud sin abandonar el dormitorio de su madre, sin tener un lugar propio donde descansar o trabajar. Ojos atentos seguían todos sus pasos y hasta el día de su coronación, nunca bajó unas escaleras sin que alguien la llevara de la mano. Su lengua materna era el alemán y pronto le enseñaron francés e inglés, de forma que fue virtualmente políglota, aunque su dominio de la gramática inglesa nunca llegase a ser perfecto; adquirió también rudimentos de italiano y algo de latín.

Aparte de su buena dotación idomática, su educación fue poco apropiada para ejercer el poder: algunas nociones de Historia de Inglaterra, una inacabable formación en historia sagrada, ligerísimas pinceladas de economía, que no alcanzaron para que entendiese la naturaleza de los intercambios o de la renta, y algo de música y baile. No leía mucho, quizá porque nunca le dejaron leer novelas.

En aquella vida monacal las visitas eran acontecimientos excitantes y, como la duquesa tenía muchos parientes, las visitas no faltaban; el diario de la princesa las recoge y muestra el entusiasmo que despertaban sus primos alemanes; en particular, Alberto, segundo hijo del duque de Sajonia-Coburgo, hermano mayor de su madre, provoca observaciones muy precisas. Victoria tenía 17 años y su primo –tres meses menor, alto, guapo, cariñoso y listo– dejó en ella una indudable huella.

Guillermo IV murió en la madrugada del 20 de junio de 1837; tras los funerales, el arzobispo de Canterbury y el lord chambelán viajaron a toda prisa hasta Kensington para comunicar a Victoria que desde aquel momento era la reina de Inglaterra. La heredera contaba 18 años de edad.

Izquierda, **Victoria I (por George Hayter, Londres, National Portrait Gallery).** Derecha, **el príncipe Alberto hacia 1843 (por Francis Grant, Windsor Castle Royal Collection).**

Melbourne, el perfecto *premier*

Después de recibir al primer ministro y de presidir su primer Consejo de Estado, cuando finalmente se encontró a solas con su madre, expresó su primera petición como reina: quedarse sola durante una hora; cuando reapareció ordenó que retiraran su cama de la habitación de su madre. La duquesa de Kent había logrado el sueño de ver a su hija como reina, pero ni se había ganado su confianza ni tendría sobre ella ninguna influencia futura.

Los primeros pasos de la joven reina entusiasmaron a todos: su inteligencia parecía aguda; las decisiones que tomaba resultaban sensatas; los discursos que pronunciaba eran discretos y realizaba sus funciones con gran facilidad. La casa real se trasladó de Kensington a Buckingham; la duquesa de Kent fue alojada a distancia de las habitaciones de la Reina, que mantuvo a su lado a la baronesa Lehzen, su institutriz y amiga, y a barón Stockmar, hombre de confianza de su tío Leopoldo de Bélgica. Pero estas influencias palidecieron ante la arrolladora presencia del por entonces primer ministro.

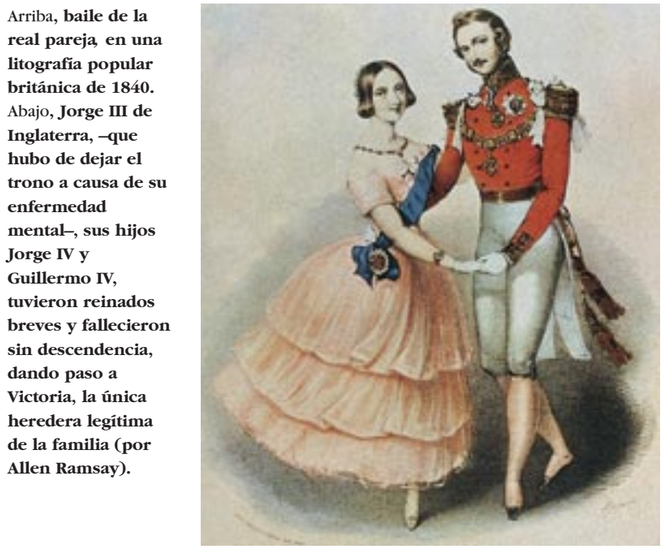
William Lamb, vizconde de Melbourne, tenía 58 años y era primer ministro de Inglaterra desde hacía tres. Era un gran señor *whig*, dotado de riqueza, educación, prestancia física y encanto personal que, de golpe, se encontró convertido en el consejero íntimo y en el compañero habitual de una jovencita inexperta. Su conducta hacia la joven reina fue impecable: mezclaba, con maestría, la atención

y respeto propios del estadista con la ternura de un padre. Victoria quedó cautivada al momento; a sus ojos siempre fue perfecto. Lord Melbourne fue un gran maestro y, además, ayudó a Victoria a disfrutar con su posición de reina de Inglaterra.

Hubo una coronación con una ceremonia interminable, intrincada y anticuada y, tras ella, la vida continuó con la calma habitual. La injerencia del rey Leopoldo, cuya correspondencia fue siendo cada vez más política y cuyos consejos, cada vez más concretos e interesados, fue frenada en seco por la sobrina, que remitía a lord Melbourne las cartas de su tío y al que contestaba con la calculada fraseología diplomática que le redactaba su primer ministro. Nunca dejó de ser una afectuosa sobrina, pero entendió, desde el primer momento, que la política exterior de Inglaterra era de su competencia y de la de sus ministros y no del rey de Bélgica.

En los primeros años de su reinado, también aparecieron los rasgos negativos de su carácter: un temperamento exigente e inflexible, una voluntad cercana a la terquedad y una vanidad intratable que se dejó sentir en la etiqueta de palacio, cada vez más estirada. La rigidez se manifestó también en su trato social: se rodeó de damas pertenecientes a familias *whigs* y se negó a relacionarse con damas *tories*; esa inflexibilidad la trasladó al campo político, cuando hubo de sustituir a Melbourne, resistiéndose más allá de lo razonable a aceptar al *torie* Robert Peel, candidato a primer ministro, hacia el que mostró abiertamente su desagrado. Peel, un hombre reservado, orgulloso y tímido, fracasó en todos sus intentos para mejorar sus relaciones con aquella muchacha altiva y hostil, que se salió con la suya, porque Peel renunció a formar gobierno.

Victoria volvió a ser feliz mientras atrasaba los



Arriba, **baile de la real pareja, en una litografía popular británica de 1840.** Abajo, **Jorge III de Inglaterra, –que hubo de dejar el trono a causa de su enfermedad mental–, sus hijos Jorge IV y Guillermo IV, tuvieron reinados breves y fallecieron sin descendencia, dando paso a Victoria, la única heredera legítima de la familia (por Allen Ramsay).**

planes para su matrimonio; el primo Alberto, candidato del tío Leopoldo, no parecía tan cercano a su corazón como cuando tenía 17 años. Pero la visita que le hizo en octubre de 1839 derrumbó todos sus planes. Era muy guapo, le pareció la perfección hecha hombre y el matrimonio se celebró en 1840.

Esposa enamorada

Alberto había recibido una educación muy completa, primero en el palacio de Coburgo y después en la Universidad de Bonn: literatura, filosofía, metafísica, leyes, economía política, música, esgrima,

Heredera de una tortuosa línea dinástica

El 5 de noviembre de 1817, la muerte en el parto de la princesa Carlota, la única hija del Príncipe Regente, y del hijo de ésta, dieron un giro inesperado a la línea de sucesión al trono de Inglaterra. Todavía vivía en Windsor Jorge III, un viejo loco completamente ajeno al mundo exterior y ninguno de sus doce hijos, siete varones y cinco mujeres, todos ellos entrados en años, tenía descendencia legítima; toda la línea dinástica era un embrollo de matrimonios legítimos sin descendencia y de matrimonios nulos –según la ley de matrimonios de la casa real- y, por lo tanto, de hijos ilegítimos.

En aquellas circunstancias, los duques de Clarence y de Kent, tercero y cuarto en la línea de sucesión contrajeron matrimonios legítimos con objeto de proporcionar herederos a la Casa de Hannover. Eduardo, duque de Kent, que ya tenía cincuenta años, se separó de su amante de toda la vida y se casó con Victoria María Luisa de Sajonia-Coburgo, una sobrina del que había sido esposo de Carlota, la fallecida princesa heredera. La nueva duquesa de Kent tenía treinta y dos años, eran sus segundas nuncias, había tenido dos hijos de su primer matrimonio y su casi inmediato embarazo certificaba la idoneidad de la elección. El 24 de mayo de 1819, en el palacio de Kensington de Londres, nacía la que sería la única hija del duque de Kent, una niña a la que pusieron los nombres de Alejandrina Victoria. El nacimiento de Drina no recibió mucha atención; al fin y al cabo, el duque de Clarence había tenido ya una hija y, si bien es cierto que esta había muerto al poco tiempo, parecía capaz de engendrar otros hijos.

Pero el azar de la muerte abriría el camino al trono de la pequeña Drina. En 1820 morían el duque de Kent y el rey Jorge III; el Príncipe Regente se convertía en Jorge IV y la duquesa de Clarence estaba embarazada de nuevo. La duquesa de Kent, con el apoyo económico de su hermano Leopoldo, se quedó en el palacio de Kensington con sus dos niñas, la joven Feodora y la pequeña Drina. En 1821 moría, a los tres meses de edad, la segunda hija del duque de Clarence. En 1827 murió sin heredero el duque de York, el primero en la línea sucesoria; tres años más tarde, en 1830, moría el rey Jorge IV y ascendía al trono el duque de Clarence con el nombre de Guillermo IV. Conscientes de que la nueva reina difícilmente volvería a ser madre, Drina, con 11 años, recibió por parte del Parlamento el reconocimiento de sus derechos sucesorios.

teatro de aficionados; junto al tío Leopoldo de Bélgica, enseñanzas directas de administración del Estado; cerrando el ciclo formativo, un viaje a Italia. Cuando se compromete con Victoria, a todos les parece serio, culto, inteligente y preparado para el trabajo que le espera. Como además era amable y afectuoso, todos se mostraron encantados.

Pero Alberto fue pronto consciente de que políticamente era un cero a la izquierda. Lord Melbourne controlaba la vida política de la soberana y la Constitución británica no otorgaba papel alguno al marido de la Reina. No se resignó Alberto a ese papel de comparsa e impondría pronto su voluntad a una esposa profundamente enamorada. Estudió el sistema británico y empezó a acompañar a la Reina a sus reuniones de trabajo y a veces ponía por escrito sus opiniones; después, por indicación de lord Melbourne, empezaron a enseñarle todos los despachos de Asuntos Exteriores. Luego, antes del nacimiento del primer hijo, fue designado regente en caso de fallecimiento de la Reina.

El momento decisivo llegó en 1841. Hubo elecciones legislativas y todo el mundo entendió que, por fin, los *tories* iban a llegar al poder y, a su cabeza, Robert Peel. A la Reina seguía sin gustarle, pero su mayoría le garantizaba la la jefatura del Gobierno. El Príncipe inició la negociaciones con Peel y la Corona renunció a las pretensiones de 1839: las más importantes damas *whigs* se retirarían y

Arriba, **llegada de la reina Victoria de Inglaterra y del príncipe Alberto a la estación del Este, de París, el 18 de agosto de 1855 (París, Museo Carnavalet).** Abajo, **Robert Peel (grabado, *La Ilustración Española y Americana*).**

Peel nombraría a sus sustitutos. Para la Reina fue un momento decisivo; su adorado primer ministro se iba y sólo tenía a Alberto para compartir trabajo y preocupaciones reales, mientras pasaba de un embarazo a otro. La salida de palacio de la baronesa Lehzen, la antigua institutriz y amiga, terminó de dejar las cosas claras: no actuaría sobre Victoria otra influencia que la de Alberto y esa influencia sería cada vez mayor.

La familia real crecía: primero llegó Victoria y, en 1841, Eduardo, príncipe de Gales; dieciocho meses después, Alicia; un año más tarde, Alfredo; luego, Elena, Luisa, Arturo, Leopoldo y, finalmente, en 1857, Beatriz. Una familia dichosa que, con sus ahorros había podido comprar unas propiedades en Osborne, en la isla de Wight, donde se hicieron una gran casa que amueblaron a su gusto. En Osborne, junto al mar, entre los árboles plantados con esmero, la familia pasaba gratos retiros. Algunos aristócratas se burlaban de ellos, pero la Reina era popular; las clases medias estaban encantadas: adoraban los matrimonios por amor, les gustaba esa Casa Real que combinaba las ventajas de la realeza con su sentido del deber, su laboriosidad, su moralidad y sus hábitos familiares y domésticos.

A veces había que interrumpir la deliciosa rutina de la vida doméstica en Windsor y trasladarse a Buckingham para inaugurar las sesiones del Parlamento, recibir a personajes impor-

tantes o visitantes extranjeros: Victoria se ponía sus mejores galas y Luis Felipe de Francia o el rey de Prusia, el de Sajonia, el zar de Rusia o Napoleón III encontraban unas recepciones espectaculares en las que la Reina aparecía como la representación más acabada de la majestad. Cuando llegaba el momento de devolver las visitas, la pareja real se embarcaba en el yate de la Corona y disfrutaba del viaje.

El tándem Victoria-Alberto seguía trabajando como una sola persona. Sólo parecían enturbiar su felicidad las dudas que planteaba el carácter del Príncipe, tan bondadoso como indolente. Por lo demás, la vida parecía transcurrir por el camino señalado: familia y trabajo. La felicidad de Victoria pareció completa cuando pudieron, primero alquilar y luego adquirir, Balmoral House, en los páramos de Aberdeenshire.

La creciente influencia política del marido de la Reina planteaba un grave problema constitucional: la definición precisa de las funciones y poderes de la Corona. El Príncipe pretendía unas prerrogativas

Victoria y Alberto con sus primeros cinco hijos, hacia 1847 (litografía inglesa). Las clases medias estaban encantadas con esa Casa Real, que combinaba las ventajas de la realeza con su sentido del deber y de la familia.

que ni *whigs* ni *tories* querían conceder. El Príncipe deseaba una monarquía en la que el rey fuera el presidente nato del gobierno y tomara parte en la propuesta y debate de las acciones gubernamentales. Aunque ese tipo de monarquía fuera la de Guillermo IV, iba en contra del funcionamiento político inglés desde los tiempos de la Revolución. Además, las circunstancias personales del Príncipe hacían sus deseos mucho más peligrosos: todos sabían que, de hecho, las funciones de la Corona las estaba desempeñando él, que ejercía sobre la soberana una influencia ilimitada, lo que alteraba el antiguo equilibrio de poderes, sutil y celosamente guardado, de la Constitución inglesa. Sin duda, se puede especular sobre lo que habría sucedido si Alberto hubiera vivido tantos años como Victoria, pero la Historia está también hecha de azar y casualidad.

En 1857, se le concedió el título de Príncipe Consorte, pero eso no contribuyó a mejorar su posición: siguió siendo considerado un extranjero, sin papel alguno reconocido. Al tiempo que crecía su decepción iba deteriorándose su salud. A los cuarenta años, su figura era la de un trabajador sedentario pálido y cansado. En el confiado horizonte de Victoria aparecieron los primeros grandes dolores: la muerte de su madre y, por encima de todo, la enfermedad y muerte de Alberto. Los médicos no supieron diagnosticar su enfermedad y unas fiebres tifoideas terminaron con él en diciembre de 1861.

La viuda inconsolable

La muerte de su marido fue un punto de inflexión en la biografía de la Reina y en la historia del constitucionalismo británico; Victoria pensó que su vida, la de verdad, había concluido con la de Alberto; a partir de entonces, la Corona, en vez de proseguir el proceso de fortalecimiento que había impulsado Alberto, quedó en manos de una viuda inconsolable que se recluyó durante varios años en una soledad y en un duelo que relegó progresivamente todo el poder en manos del primer ministro.

Alberto contra Palmerston

En 1851 los éxitos del Príncipe alcanzaron la máxima cota de admiración. El éxito de la Exposición Universal hizo crecer de forma incalculable su reputación y pareció asegurarle un lugar predominante en la dirección de la vida nacional mientras parecía culminar su lucha por consolidar el poder de la Corona sobre el Gobierno del Parlamento. En efecto, el Príncipe, y con él la Reina, venían luchando por el control de la política exterior y en esa lucha venían enfrentándose con un enemigo muy poderoso: el *whig* lord Palmerston, ministro de Asuntos Exteriores entre 1846 y 1851 en el Gobierno de lord Russell. Pues bien, si exceptuamos el problema planteado por los matrimonios reales españoles y por el comportamiento de Luis Felipe de Francia, cuestión en el que estuvieron de acuerdo Príncipe, Reina y Ministro, en todos los demás problemas exteriores de aquellos años, que fueron muchos y muy importantes, la pareja real y el ministro estuvieron en profundo desacuerdo. Palmerston, que entendió de una determinada manera los asuntos de Portugal, las revoluciones de 1848, el papel de Prusia en el proceso de la unidad alemana y el golpe de Estado de Luis Napoleón, no pareció dispuesto a ceder la dirección de esos asuntos ni al primer ministro ni al Príncipe Consorte. El disgusto de lord Russell facilitó el aparente triunfo del Príncipe que, a finales de 1851 vio como su enemigo era destituido.

Duró poco el triunfo del Príncipe. Unas semanas después, el Gobierno sufrió una derrota en los Comunes, dimitió Russell, se formó una coalición de *whigs* y *tories* bajo la dirección de lord Aberdeen, Palmerston ocupó la cartera de Interior y lord Clarendon la de Exteriores, la vida política se hizo especialmente confusa y, finalmente, estalló la tormenta, lord Palmerston dimitió dando un portazo mientras los acontecimientos caminaban hacia la catástrofe y la opinión no entendía tantos cambios cuando se avecinaba una guerra; los rumores se dispararon y la germanofilia del Príncipe fue puesta en entredicho. A las pocas semanas, Palmerston retiró su dimisión y la furia popular se desvaneció; después, la Guerra de Crimea demostró el patriotismo del Príncipe y volvió a encumbrar a Palmerston, que fue nombrado primer ministro, y que permanecería en ese puesto los diez años siguientes; la batalla por el poder podía haber vuelto a empezar.

Arriba, **aspecto de la Exposición Universal de 1851, el gran triunfo personal del príncipe Alberto (litografía de Bragg).** Abajo, izquierda, **Benjamin Disraeli, el *premier* preferido de Victoria I (grabado, *La Ilustración Española y Americana*).** Abajo, derecha, **Alberto Eduardo, príncipe de Gales (por Franz X.Winterhalter, Fulda, Hesse, Museo del castillo de la Faisanerie).**

Victoria pasó de la más radiante felicidad a la más oscura tristeza. En los primeros momentos, se temió que pudiera perder la razón; después, las emociones se atenuaron ante la perentoria decisión de prolongar durante el resto de su vida, sin un solo cambio, la reverencia, la obediencia y la idolatría hacia el esposo difunto. Nunca recobró la alegría; su carácter fue invariablemente depresivo y su vida, una reclusión perpetua. Vestida de riguroso luto, iba de Windsor a Osborne y de Osborne a Balmoral, sin pasar por Londres. Al principio ni quería recibir a los ministros, pero lograron convencerla de que Alberto nunca hubiese abandonado sus obligaciones. Pero se negó a asistir a las ceremonias de Estado, renunció a relacionarse con la sociedad y se convirtió en una desconocida para sus súbditos.

Mientras, los *premiers* de los años cincuenta y sesenta –Palmerston, Clarendon y Derby– envejecían y se renovó la escena política; Gladstone y Disraeli pasaron al primer plano. Las simpatías de Victoria resultaron sorprendentes. Gladstone, discípulo de Peel –el antiguo primer ministro que había merecido la confianza de Alberto y al que, finalmente, había llegado a apreciar–, parecía reunirlo todo para contar con su confianza, puesto que, además, se había pasado a las filas liberales pero ocurrió lo contrario y nunca congeniaron. Disraeli, que había hostigado a Peel y del que el Príncipe había dicho que *no tenía un gramo de caballerosidad*, se convirtió en el ministro adorado.

Benjamin Disraeli se ganó a Victoria elogiando a Alberto. Logró convertirse en su amigo; sus cartas oficiales se convirtieron en informaciones en las que siempre había lugar para los asuntos personales, las noticias políticas e, incluso, los cotilleos. Victoria estaba encantada, nunca había recibido cartas como esas, nunca había estado enterada de todo lo que pasaba. Para agradecérselo, le enviaba, en primavera, ramos de flores que recogía ella misma. En asuntos políticos, la Reina defendió con energía las posiciones del primer ministro *tory*. Pero, en 1868, se desplomó el Gobierno de Disraeli y le relevó Gladstone. Durante cinco años, Victoria se sintió condenada a vivir en permanente tensión, originada por reformas que desautorizaba sin resultado. La Reina consideraba inaceptable tanto la política de Gladstone como su trato; le parecía intolerable que la considerase sólo una institución.

El descontento popular debido a su prolongada reclusión se había incrementado con el paso de los años y el descontento estalló de forma preocupante. La caída de Napoleón III y la proclamación de

la República Francesa estimularon las ideas radicales en Inglaterra: ¿Para qué servía una reina recluida que costaba 385.000 libras al año? Se examinó con cuidado su lista civil y se discutieron abiertamente sus gastos y sus ahorros. Fueron malos momentos, en los que la Reina pudo contar con el apoyo de Gladstone. Si Victoria hubiese muerto en los años setenta, la Historia posiblemente diría que su reinado fue un relativo fracaso. Pero las elecciones legislativas de 1874 cambiaron el panorama. Gladstone y los liberales fueron derrotados y el partido *tory*, por primera vez en cuarenta años, obtuvo una supremacía incuestionable.

Siguieron seis años de gratas emociones y de gloria. Los más fantástico sueños infantiles de la Reina convirtieron en realidad. El artífice fue Disraeli, que entendió perfectamente la relación entre el medio y el personaje, el orgullo de casta y la arrogancia, la ingenuidad y la sólida respetabilidad, las limitaciones intelectuales y los deseos ardientes de disfrutar con lo singular y lo exótico; la bautizó como *el Hada* y se dispuso a relacionarse con ella de una manera completamente distinta a como lo había hecho Gladstone, con una devoción sin límites y con una adulación muy intensa, pero controlada, que conmovieron a Victoria.

En 1876, el empeño del primer ministro por ofrecer a la Reina la corona de emperatriz de la India, terminó de ganar su corazón. Pero la dicha no duró. Las elecciones legislativas de 1880 dieron el poder a los liberales y Disraeli, lord Beaconsfield por regalo de la Reina, tuvo que retirarse y murió en 1881. Victoria le demostró el profundo afecto que sentía por él hasta el último minuto.

Arriba, **proclamación oficial de Victoria I como emperatriz de la India, en la escalinata de la Bolsa de Londres, 1876 (grabado de *La Ilustración Española y Americana,* coloreado por E. O.).** Abajo, **William E. Gladstone, un primer ministro con el que nunca se llevó bien la reina (grabado, *La Ilustración Española y Americana*).**

Anciana reverenciada

Mientras, la vida privada de Victoria había sufrido importantes cambios. Con los matrimonios de los hijos y la llegada de los nietos se había convertido en jefa y consejera de un gran grupo de familiares en Inglaterra y en Alemania. Cumplía esas funciones con celo infatigable; mantenía una correspondencia inmensa y seguía con gran interés las biografías de todos sus parientes. Pero no todos ellos eran igualmente gobernables. Eduardo, el Príncipe de Gales, casado con Alejandra de Dinamarca, se había sacudido la tutela de su madre; Victoria nunca se fió de su heredero, a causa de su licenciosa juventud y nunca le dio acceso a las cuestiones de Estado.

Sin Disraeli y sin un heredero en quien apoyarse, Victoria alivió su soledad con la compañía de John Brown, un escocés del servicio de Balmoral, en quien Alberto confiaba cuando salían de excursión. El sencillo montañés tuvo cierta influencia y casi se convirtió en un personaje de Estado. Tal relación provocó la maledicencia sobre las afectuosas relaciones de una Reina solitaria y un criado solícito.

Pero más allá de asuntos como este, los años pasaban en medio de las inacabables tareas de gobierno. El pelo gris se volvió blanco, los rasgos se suavizaron, el cuerpo ensanchó y tuvo que ayudarse con un bastón. La opinión pública fue siéndole más favorable según envejecía y se enfrentaba a un sinfín de desgracias familiares. Su popularidad creció a raíz de un atentado en 1882: cuando caminaba desde el tren a su carroza, un joven abrió fuego contra ella, con la fortuna de que alguien le dio un golpe en el brazo con un paraguas y no hubo daños; ese fue el último de una serie de siete atentados contra la Reina a lo largo de cuarenta años.

La Reina también se reconcilió con su país en lo que se refiere a los asuntos públicos. El segundo mandato de Gladstone (1880-1885) fue una sucesión de fracasos y, en 1885, el conservador lord Salisbury se alzó con el poder. Sería su respetado último primer ministro. La satisfacción de Victoria fue intensa, su espíritu se renovó con sorprendente vitalidad, alteró sus hábitos y se entregó a numerosas actividades públicas. Pero algo no se alteró: impidió que se tocasen las habitaciones de Alberto en Windsor, donde se cambiaban las sábanas y se renovaba el agua todos los días; sin duda eran, junto con su panteón, un santuario de su memoria; sin embargo, el duro trabajo diario y el deber cumplido fueron, en el último tercio de su vida, el principal culto a la memoria del idolatrado marido.

Oro y diamantes

En 1887 se cumplían los cincuenta años de su reinado y el aniversario se celebró con extraordinaria pompa. Victoria, rodeada de los más altos dignatarios del reino, escoltada por reyes y príncipes, cruzó Londres en medio de una muchedumbre entusiasta que la saludaba como encarnación de la nación y de la grandeza imperial. La nueva felicidad dio a Victoria un aura de benevolencia en sus últimos años; no quebró el estricto protocolo que la rodeaba, pero demostraba un sincero interés por las circunstancias personales de cuantos la rodeaban.

El decenio que transcurre entre el Jubileo de Oro (1887) y el de Diamante (1897) no encuentra parangón en la Historia de Inglaterra. Victoria encarnó la culminación de la prosperidad industrial y del poder mundial, que desfilaría solemne en el segundo Jubileo. Fueron años de apoteosis final. Los críticos enmudecieron, las deficiencias se disculpaban y nadie mencionaba la incongruencia entre el rancio conservadurismo de la vieja reina y el dinamismo de una nación transformada desde sus cimientos por la revolución científica e industrial.

Aunque no se pueda responsabilizar a la Reina ni de lo que hicieron sus ministros, ni de lo que fue producto de una vasta corriente social, se puede censurar su comportamiento en los terrenos donde la Corona podría haber dejado sentir su beneficiosa influencia: en el moral –muy singularmente en éste–, en el de las artes, en el de las relaciones y costumbres sociales y en el de la educación, en los que podría haber promovido cambios que rimaran con los avances del conocimiento que caracterizaron a su época. Pero, la Reina se inclinó siempre hacia los criterios más convencionales y más alejados de los intereses colectivos; sólo en un campo se acercaron monarquía y pueblo: el del patriotismo chovinista que la Reina animó con orgullo.

Derecha, **imagen histórica en la que aparecen retratados los reyes británicos de todo un siglo: Victoria I; su hijo, Eduardo VII; su nieto, Jorge V y su bisnieto Eduardo VIII.** Abajo, **lord Salisbury, el último *premier* que gozó del afecto de la anciana emperatriz (grabado de *La Ilustración Española y Americana,* coloreado por E. O.).**

Durante los últimos quince años de su reinado, el imperialismo fue el credo hegemónico del país. En esa dirección siguió Victoria la marcha de la sociedad británica. Pensar en la India le fascinaba, se propuso aprender hindi, contrató empleados procedentes de la India que se convirtieron en ayudantes imprescindibles; uno de ellos, Munshi Abdul Karim, casi llegó a ocupar el puesto que había dejado vacante la muerte de John Brown. La nueva pompa imperial daba a su cargo una significación que armonizaba con sus inclinaciones más íntimas.

La muerte le sorprendió en plena Guerra de los Bóers. Las derrotas y los baños de sangre tenían sobrecogidos al país. La congoja de la gente exigía la atenta solicitud de la Reina; aunque tenía muchos años, no le fallaron ni la confianza ni el valor: trabajó con renovado vigor y buscó todos los medios para ser útil a la causa nacional. En abril de 1900, con 81 años, viajó a Irlanda, de donde habían salido grandes contingentes de reclutas hacia África de Sur. La tensión y las ansiedades propias de la guerra se dejaron sentir, empezó a flaquearle la memoria y su organismo se deterioró rapidamente. Murió el 22 de enero de 1901. La nación quedó estupefacta, como si el mundo conocido estuviera a punto de desaparecer.

La época victoriana, según Lytton Strachey

Una edad de barbarie y orgullo, de nobleza y vulgaridad, de complacencia y desesperación; una edad en la que se descubrió todo, y no se supo nada; una edad en la que las líneas maestras eran espléndidas y los detalles, sórdidos; en la que las lámparas de gas luchaban contra la niebla del ambiente, cuando la hora de la cena podía ser cualquier momento entre las dos y las seis, cuando las dosis de ruibarbo eran inevitables y gigantescas, cuando los perros se arrojaban desde las ventanas de los pisos superiores, cuando las cocineras daban traspiés de borrachera en el semisótano, cuando había que sentarse durante horas con los pies llenos de la paja sucia que arrastraban los caballos por las calles, cuando había un paño para evitar las manchas en todos los sillones, y los baños eran diminutos barreños, y las camas estaban llenas de piojos y desastres."

(Lytton Strachey, *Retratos en miniatura* (1931), Madrid, Valdemar, 1995).

La conquista de la democracia

Constituía el refugio de los exiliados liberales de toda Europa, pero la representatividad política en Gran Bretaña fue escasa hasta comienzos del siglo XX

Alicia Langa
Profesora titular de Historia Contemporánea
Universidad Complutense, Madrid

EL SIGLO XIX CONSTITUYÓ PARA LA MAyoría de los países europeos un largo camino en busca del logro de los ideales liberales planteados por los *filósofos* franceses y los *patriotas* norteamericanos. La implantación del liberalismo se consiguió por medio de la lucha armada y los levantamientos populares, en una serie de oleadas revolucionarias que obligaron a los Estados a plantearse las reformas necesarias. Sin embargo, al llegar al último tercio de la centuria todavía existían en Europa monarquías *antiguo régimen*, como los Imperios Ruso y Austro-Húngaro, y monarquías liberales o, incluso, repúblicas –Tercera República Francesa–, que habían avanzado en dicho camino sin que todavía la democracia –en sentido estricto– se hubiera desarrollado plenamente. Se habían conseguido libertades individuales e incluso colectivas, pero sin alcanzar aquellos objetivos de libertad, igualdad y fraternidad, defendidos a finales del siglo XVIII.

Gran Bretaña significó el modelo a seguir. Los exiliados buscaron refugio en tierras británicas volviendo, en su momento, a sus respectivos países con ideas bien interiorizadas para intentar de nuevo la aventura de la libertad.

No obstante, en la vieja Inglaterra del primer tercio del siglo, aunque el Estado contara con unas instituciones y, sobre todo, con un Parlamento que servía de freno evidente a la omnipotencia de la Corona, el poder político estaba en manos de las grandes familias aristocráticas –cuya riqueza se basaba en la posesión de la tierra–, alta nobleza que copaba los escaños tanto de la Cámara de los Lores como de la Cámara Baja o Cámara de los Comunes, que se nutría de los segundones de las citadas familias. La representatividad política era, pues, muy escasa. Hubo que esperar a 1832 para que se produjera la primera reforma, aunque aún quedarían por delante muchos años para que la democracia fuera total. Hasta 1918 no se implantó el sufragio universal masculino y parcial femenino, pero sólo en 1928 se otorgó el voto universal a la mujer.

La carroza real pasa ante la catedral de San Pablo, camino de la City de Londres, el 9 de noviembre de 1837. Era la primera aparición pública de la Reina tras su coronación, (litografía inglesa coloreada a mano).

Reformas y poder

Las reformas políticas que dieron lugar al definitivo asentamiento de la democracia se escalonaron a lo largo del siglo XIX y primer tercio del siglo XX, desbordando, previa y posteriormente, la etapa victoriana propiamente dicha. En efecto, la primera reforma electoral –*Reform Act*– se promulgó en 1832, cinco años antes de la subida al trono de la reina Victoria. Los dos grandes partidos del momento, *tories* y *whigs*, –los primeros, de ideología conservadora y los segundos, más liberales, pero todos ellos pertenecientes a la clase dominante: la aristocracia terrateniente– estuvieron, desde un principio, divididos frente al proyecto de ley –*Reform Bill*– presentado en 1831 por lord Grey, jefe de filas de los *whigs*.

No obstante, las revoluciones continentales de 1830 supusieron una advertencia si no se efectuaban cambios, aunque fueran mínimos. Evidentemente, la reforma de 1832, aunque la redistribución

de escaños retirados a los denominados *burgos podridos* diera entrada en la Cámara de los Comunes a representantes de las ciudades industrializadas, no supuso el acceso a la política activa de las clases medias, continuando la preeminencia de la aristocracia, con un 70 por ciento de la Cámara, quedando el 30 por ciento restante en manos de industriales y comerciantes con un alto nivel de riqueza.

Esa era la situación cuando la reina Victoria subió al trono en 1837, acontecimiento que coincidió con el brote del Cartismo, movimiento promovido por un grupo de artesanos y obreros de la Asociación de Trabajo de Londres, descontentos por la insuficiencia de la reforma. No obstante, dicho movimiento no tuvo suficiente fuerza –por su fragmentación interna, la dispersión geográfica de sus integrantes y la represión radical de sus distintos brotes de1838, 1842 y 1848– para conseguir ninguna de sus demandas.

Durante todo el reinado, se alternaron en el poder los dos grandes partidos. Hasta el año 1852, *whigs* y *tories*; a partir de esa fecha, liberales y conservadores que, incluso cambiando su denominación y renovando sus filas, fueron herederos directos de los anteriores, ya que integraron en sus estructuras a representantes de las dos antiguas formaciones. Así, el Partido Liberal estaba constituido por *whigs* –ricos terratenientes aristocráticos–, radicales –intelectuales e industriales inconformistas–, y numerosos moderados –oficiales, abogados, caballeros del mundo rural, profesionales–. Por su parte, el Partido Conservador aglutinaba a representantes de la nobleza y hacendados de fe anglicana.

Fue en estos años cuando se estabilizó la situación, tanto dinástica –la Reina había madurado al casarse con su primo, Alberto de Sajonia-Coburgo, formando una amplia familia que aseguraba la sucesión–, como política y económica –los dos grandes partidos se turnaban en el ejercicio del gobierno y el proceso de industrialización y comercialización de productos estaba en todo su apogeo–. La prematura muerte del Príncipe Consorte determinó el aislamiento de la Reina, pero grandes políticos estaban al frente de la maquinaria del estado (Palmerston, Disraeli, Gladstone), unos más queridos que otros por la soberana, pero todos con grandes cualidades para gobernar, no solamente la metrópoli sino también los amplios dominios del Imperio.

En esos años de estabilidad se fundaron dos asociaciones, la *National Reform Union*, con programas de reforma moderados, y la *Reform League*, con planes mucho más radicales. Pero fue en 1867 cuando, tras varios intentos infructuosos por parte de los liberales, Disraeli conseguía la aprobación de la *Reform Act*, que otorgaba el derecho de voto al dieciséis por ciento de los adultos, frente al siete por ciento conseguido con la primera reforma. Por otra parte, el incremento del volúmen de votantes se producía fundamentalmente entre la población urbana, incorporando al electorado a cierto número de trabajadores cualificados, lo que supondría la nece-

Arriba, **visita de los reyes de Inglaterra a los de Francia. Sentadas, a la izquierda, Victoria, sus hijos y damas; a la derecha, la reina Mª Amalia con sus nueras y nietos; de pie, en el centro, Luis Felipe; frente a él, el príncipe Alberto y los hijos del rey francés (por Winterhalter).** Derecha, **la Reina en su mesa de trabajo; obsérvese, al fondo, el retrato de su marido, al que añoró hasta su muerte (postal de finales del siglo XIX).**

Progresión del voto

Fechas de listas electorales	% de electores inscritos sobre la población de más de 20 años	
1831	5,0%	1832 Primera *Reform Act*
1832	7,1%	
1864	9%	1867 Segunda *Reform Act*
1868	16,4%	
1883	18,0%	1884-1885 Tercera *Reform Act*
1886	28,5%	
1914	30,0%	1918 *Representation of the People Act*: sufragio universal masculino y voto para las mujeres de más de 30 años
1921	74,0%	
1927	74,0%	1928 *Equal Franchise Act*: sufragio universal femenino a partir de los 21 años.
1931	96,9%	

Arriba, **Gladstone, jefe de filas de los liberales, se dirige a sus electores de Greenwich, en 1874;** abajo, **hombres-anuncio, con propaganda electoral a favor del candidato liberal (grabados de la *Ilustración Española y Americana*, coloreados por E. O.).**

sidad de reestructuración de los partidos políticos.

No obstante, y a pesar del incremento de dicho electorado urbano, se mantuvo el mayor peso en la representación parlamentaria de la Inglaterra del Sur y de Gales, feudo de los terratenientes. En cualquier caso, el Partido Conservador llevaba a cabo una reforma, necesaria por la presión de los cambios socio-económicos y de la agitación popular, pero menos radical que las propuestas por sus oponentes políticos. El sistema de hacer concesiones mínimas en el momento apropiado, siguió dando los mismos buenos resultados de siempre.

La andadura hacia la democracia siguió su curso. En 1872, se decretó el escrutinio secreto y, en 1884, se llevó a cabo la tercera reforma, esta vez de la mano del Partido Liberal liderado por Gladstone, al aprobarse la *Representation of the People Act*, acompañada, un años después por la *Redistribution of Seats Act,* que aseguró una distribución mas adecuada de escaños, eliminando el excesivo peso de la Inglaterra rural. A partir de ese momento, votó algo más del 28 por ciento de la población adulta, es decir unos cinco millones de electores. Pero fue necesario esperar, como se ha indicado, al año 1918, para conseguir el sufragio universal masculino y parcial femenino –mujeres mayores de treinta años– y a 1928 para alcanzar el sufragio universal femenino. La democracia no sería plena hasta bien entrado el siglo XX.

La *Cuestión de Irlanda*

Uno de los problemas que afectó a todo el periodo victoriano fue la *Cuestión de Irlanda*, incidiendo profundamente en el proceso político británico. Por un lado, se trataba de un asunto religioso –en Irlanda, la iglesia oficial era la anglicana, mientras que la población mayoritariamente militaba en la católica–; por otro, constituía un importante tema económico y social –los grandes terratenientes, fundamentalmente ingleses, formaban la clase dominante–. Gladstone, en 1869, consiguió disolver la Iglesia Anglicana en Irlanda, pasando sus bienes a la Iglesia Católica y a la Presbiteriana de Irlanda del Norte.

No fue suficiente. La presión social irlandesa mantuvo sus reivindicaciones autonomistas. En 1886, Gladstone, nuevamente, intentó calmar las revueltas de la isla y planteó la necesidad de conceder la *Home Rule*, un régimen de autonomía reclamado por los irlandeses de forma efectiva a partir de 1870, que resumía aspiraciones mucho más antiguas.

Lo único que consiguió fue la escisión del Partido Liberal, una de cuyas facciones –los unionistas de Chamberlain– se coaligó con los conservadores de Salisbury, lo que supuso el predominio político de esta alianza, a lo largo de dos décadas. Una vez más, Gladstone, en 1892, a sus 83 años, presentó la *Home Rule* a la Cámara de los Comunes, donde esta vez sí fue aprobada, siendo, no obstante, rechazada por la Cámara Alta. En 1894, Gladstone se retiraba de la política sin resolver el problema que siguió coleando treinta años más y que, de alguna forma, aún persiste.

La explosión urbana en Inglaterra y Gales

	1801	1851	1861	1871	1881	1891	1901
Urbana	1.506	8.991	10.961	14.041	17.637	20.896	25.058
Rural	7.386	8.937	9.105	8.671	8.338	8.107	7.469
TOTAL	8.892	17.928	20.066	22.712	25.975	29.003	32.572
% Poblac. urbana	16,9%	50,1%	54,6%	61,8%	67,8%	72,0%	77,0%

(Población en miles). Fuente: *The Growth of Cities in the 19th Century,* New York, 1899.

El Estado-Imperio

No se puede entender el sistema político británico, sin abordar el tema de su expansión colonial a lo largo del siglo XIX. Inglaterra –que mantuvo, generalmente, un cierto aislamiento respecto a los problemas del continente y buscó el dominio marítimo que permitiera una adecuada expansión comercial para su desarrollo industrial, especialmente a partir del establecimiento del librecambio, en1846– basó su política exterior en la defensa de unos intereses económicos, muchas veces privados, mediante planteamientos estratégicos que salvaguardaran la libertad de los mares.

Por ejemplo, su preocupación por la debilidad del Imperio Otomano, cuya caída implicaría problemas en el Mediterráneo y la pérdida de un importante mercado, determinó su intervención contra Rusia en la Guerra de Crimea (1854-1856). Por otra parte, Inglaterra, aunque poseía grandes dominios (Canadá, Australia, Nueva Zelanda, India), contaba también con amplias zonas de influencia económica, como las repúblicas de América del Sur y Central. Así, el predominio económico determinaba su prestigio y su estatus de gran potencia.

Ahora bien, tras la crisis económica de 1873 –que supuso el cierre de los mercados europeos y el establecimiento de barreras proteccionistas–, la importancia de los territorios ultramarinos como posibles mercados e interesantes zonas de inversión, además de fuente de materias primas, creció considerablemente. En consecuencia, la metrópoli trató de ensanchar su Imperio y, a la muerte de la reina Victoria, había conseguido gobernar una cuarta parte de las tierras emergidas y someter al 20 por ciento de la población mundial.

Es significativo, asimismo, el análisis de los distintos niveles del proceso colonizador, en primer lugar, la acción de los propios colonizadores, llevados por sus ansias de riqueza, de aventura o, incluso de humanitarismo, dependiendo de su procedencia: cónsules, mercaderes, exploradores o misioneros. En segundo término, la actitud del Gobierno de Londres –cuyo lema era la prudencia–, que barajaba todos los pros y los contras antes de decidir una anexión, y que dependía de las preferencias del primer ministro de turno.

Rendición de los sijs al general británico Hugh Gough, en 1849 (por J. A. Wheeler, colección particular).

Codicia colonial

Es necesario recordar que Disraeli, el mayor defensor del Imperio, consideraba la India como el territorio más importante para la metrópoli, por lo que su mayor preocupación estaba situada en el Mediterráneo y Egipto, especialmente tras la apertura del Canal de Suez. Por último, la evolución de la opinión pública, bien dirigida desde el Gobierno, y que pasó de una escasa atención a la defensa a ultranza del expansionismo, especialmente en el último cuarto de

Primeros ministros (1835-1902)

Vizconde de Melbourne	*Whig*	1835-1841
Robert Peel	*Tory*	1841-1846
Lord John Russell	*Whig*	1846-1852
Conde de Derby	*Tory*	1852
Conde de Aberdeen	Conservador-Liberal	1852-1855
Lord Palmerston	Liberal	1855-1858
Conde de Derby	Conservador	1858-1859
Lord Palmerston	Liberal	1859-1865
Lord John Russell	Liberal	1865-1866
Conde de Derby	Conservador	1866-1868
Benjamin Disraeli	Conservador	1868
William Ewart Gladstone	Liberal	1868-1874
Benjamin Disraeli	Conservador	1874-1880
William Ewart Gladstone	Liberal	1880-1885
Marqués de Salisbury	Conservador	1885-1886
William Ewart Gladstone	Liberal	1886
Marqués de Salisbury	Conservador	1886-1892
William Ewart Gladstone	Liberal	1892-1894
Conde de Rosebery	Liberal	1894-1895
Marqués de Salisbury	Conservador-Unionista	1895-1902

El Imperio Británico

Basándose, fundamentalmete, en la iniciativa privada, pero realizada metódicamente y con el apoyo y dirección de la legislación real, la colonización inglesa de territorios ultramarinos había comenzado en el siglo XVII –en abierta pugna con holandeses y franceses– sobre la costa atlántica de América del Norte, donde en 1620 se instalaron los *Padres peregrinos*. De aquellas iniciales Trece Colonias, nacería, en 1776, Estados Unidos. El ámbito del Caribe fue intervenido a continuación y la pugna se estableció contra el Imperio español. La organización de Compañías de Comercio, sobre todo la de las Indias Orientales, sirvió para ampliar este campo de actuación, que se extendió por África, el subcontinente asiático, Indochina y el Océano Pacífico. Australia y Canadá vinieron a sumarse a esta progresión incesante, que se extendió durante el siglo XVIII por todos los mares y tierras, comenzando por el propio Mediterráneo.

El largo reinado de Victoria vio la estabilización y fortalecimiento de este inmenso espacio, que se amplió en Asia y, sobre todo, en África. Fue la época que vio el auge de la idea del imperialismo, base a los planteamientos de la grandeza británica y de su tarea civilizadora, incapaces de encubrir una realidad mucho más prosaica y fructífera: el control de tierras productoras de materias primas cada vez más necesarias para fundamentar sus propios procesos industrializadores, de mercados para vender sus productos y de bases para garantizar su comercio.

Derecha, **vida principesca de la burguesía colonial británica en la india (Indian Office Library).** Abajo, **príncipe indio con alto funcionario inglés en el siglo XIX (anónimo, Dungarpur, Rajastán).**

siglo, excluyendo de este entusiasmo a las clases populares, tanto urbanas como campesinas, más preocupadas por la mera supervivencia.

Este expansionismo era considerado como una forma de elevar la riqueza de la metrópoli y, por tanto, respondía a intereses privados o, sobre todo, de las grandes compañías; pero también se contemplaba como una vocación civilizadora del mundo recientemente explorado. Las colonias de población blanca irían pasando a ser Dominios, con gran autonomía y con una política basada en la democracia (Canadá, Australia y Nueva Zelanda), mientras que la metrópoli se anexionaba territorios especialmente en el sureste asiático, o reforzaba su protección a la India, con incursiones en zonas como Afganistán o Birmania.

El expansionismo europeo por toda África sería una de las grandes cuestiones internacionales de la segunda mitad del siglo XIX. Fue resuelto mediante un reparto en zonas de influencia durante el Congreso de Berlín (1885). No obstante, la codicia por conseguir las riquezas acumuladas en el subsuelo del continente, motivó situaciones muy conflictivas entre Portugal y Gran Bretaña (1890) o entre Francia y el Reino Unido –Fachoda, 1898–, culminando con la Guerra de los Bóers (1899-1902), provocada, fundamentalmente, por el control de los diamantes de Orange y el oro de Transvaal.

El expansionismo resultó ser una medida útil para enmascarar problemas internos; de ahí el especial énfasis en las grandes celebraciones, como la concesión del título de emperatriz de la India a la reina Victoria en 1876 –organizado por Disraeli– o los Jubileos de Oro (1887) y de Diamante (1897) de la Reina, con fiestas de gran esplendor en las que intervinieron delegados gubernamentales de los nuevos Dominios y también dignatarios procedentes de la nobleza autóctona de los territorios imperiales, muy mimada por el Gobierno de Londres, a los que se añadieron –en la segunda celebración– los representantes de las grandes potencias.

Si todo esto se completa con el desarrollo del pensamiento darwinista aplicado a la política, uno de cuyos máximos exponentes fue el discurso pronunciado por lord Salisbury, el 4 de mayo de 1898, en el Albert Hall –titulado *Living and dying nations*–, no se podrá entender la política victoriana, especialmente a partir de 1873, sin considerar la integración inexcusable de política interior/política expansionista, resultando la definición de Gran Bretaña como un Estado/Imperio, cohesionado e integral.

Opulencia y miseria

La era victoriana alcanzó la cumbre del poder y la riqueza, pero padeció las mayores injusticias y miserias... Al comenzar el siglo XX, Gran Bretaña había perdido la primacía mundial, pero disfrutaba de mayor igualdad y democracia

Retrato ecuestre de la reina Victoria, realizado hacia 1844 (por Francis Grant, Windsor Castle, Royal Collection).

Esteban Canales
Profesor titular de Historia Contemporánea
Universidad Autónoma de Barcelona

CUANDO LA JOVEN VICTORIA ACCEDIÓ al trono en 1837, las repercusiones del rápido y descontrolado proceso de industrialización repercutían de manera contradictoria sobre los habitantes de su reino. De un lado, el poder y la riqueza del país habían crecido prodigiosamente. Gran Bretaña, triunfadora de las guerras napoleónicas, reinaba sobre los mares, amparada por una escuadra dueña indiscutible de las rutas de navegación, para mayor seguridad y provecho de sus buques mercantes. El botín colonial acumulado al término de aquellas contiendas, menos importante por su tamaño que por su valor estratégico, constituía un adecuado punto de apoyo para futuras conquistas que habrían de redondear, con el correr del tiempo, uno de los mayores Imperios de la Historia. Ningún Estado constituía una amenaza para las Islas.

El poder británico favorecía y, a su vez, se beneficiaba del auge de una economía transformada por el impacto de la industrialización. El Reino Unido era, cada vez en mayor medida, el país más rico del mundo, aun cuando las tasas de crecimiento anual de su producto nacional, entre el 2% y el 3% en las décadas en torno a 1830, no resulten hoy especialmente llamativas.

Más importante que este crecimiento eran los cambios estructurales que lo acompañaban: una creciente presencia de la industria como actividad generadora de riqueza y empleo; una paralela transformación de esta industria, con el uso de máquinas movidas por vapor como característica más destacada; una composición de las exportaciones en la que predominaban los productos manufacturados y un rápido aumento del número y tamaño de las ciudades. Los símbolos del cambio eran la fábrica, con sus chimeneas cual campanarios de modernas catedrales, y el ferrocarril, que comenzaba a cambiar la percepción de las distancias e iba a diversificar, con su necesidad de hierro y carbón, la actividad industrial, hasta entonces centrada en el sector textil.

No obstante, los ciudadanos británicos apenas si gozaban de más derechos y libertades que medio siglo antes. Vivían en una sociedad en la que el reparto de la riqueza era más desigual; la protección de los más débiles, menor; el desarraigo, mayor; el nivel de vida de los trabajadores, empeorado y las tensiones que desgarraban a la población aumentaban de manera peligrosa.

La falta de derechos políticos de la mayor parte de la población seguía siendo, junto con las fuertes restricciones al desarrollo de la actividad sindical, el principal déficit democrático de la sociedad a comienzos de la era victoriana, pese a la reciente reforma de 1832. La ley de aquel año concedió el de-

Alberto y la Exposición Universal de 1851

Para culminar la apoteosis de la Inglaterra victoriana sólo faltaba una expresión material de los nuevos ideales y de las nuevas fuerzas económicas y sociales capaz de revelar su gloria ante los ojos del mundo y fue Alberto quien tuvo la idea de la Exposición Universal. Sin consultarlo con nadie, concibió la organización del acontecimiento hasta el más mínimo detalle. Había habido en el mundo otras exposiciones, pero ésta las dejaría pequeñas. Debería albergar muestras de materias primas de todo el mundo, de las máquinas e inventos, manufacturas, artes y oficios. No sólo debería se útil y hermosa, debería contener una noble enseñanza moral. Debería ser un monumento internacional que celebrase las indiscutibles bendiciones de la civilización: la paz, el progreso y la prosperidad.

Durante dos años, el Príncipe trabajó con una energía extraordinaria. Los industriales más prominentes apoyaron la idea con decisión; las colonias y la Compañía de las Indias Orientales simpatizaron con el proyecto; se contaba con la poderosa influencia de sir Robert Peel y con el beneplácito del nuevo primer ministro *tory*, lord Russell (1846-1852). La localización de la Exposición en un punto de Hyde Park, elegida por Alberto, fue aceptada por el Gobierno. Entre los 234 proyectos para el edificio de la Exposición, Alberto eligió el de Joseph Paxton, famoso proyectista de gigantescos invernaderos. También se levantaron voces contrarias al proyecto: se dijo que la Exposición se convertiría en el lugar de cita de todos los descontentos de Europa y que el día de su inauguración habría disturbios; las iglesias disidentes afirmaron que se trataba de un acto de arrogancia que acarrearía el castigo divino, pero el Príncipe, con tenacidad y paciencia, superó los obstáculos. Su salud se resintió, pero la Exposición salió adelante.

El primero de mayo de 1851, la Exposición Internacional fue inaugurada por la Reina ante la presencia de un gran número de personas, en medio de escenas deslumbrantes y de un entusiasmo generalizado. Victoria estaba en la gloria y Alberto era el responsable de aquel triunfo. Las felicitaciones se acumularon; el examen de las cuentas añadió un nuevo éxito: los beneficios ascendían a 165.000 libras, que se destinaron a la adquisición de los terrenos donde se levantaría el museo nacional de South Kensington. Más de seis millones de personas visitaron la exposición durante los seis meses que estuvo abierta.

recho al voto en las elecciones a la Cámara de los Comunes a casi 300.000 personas en el Reino Unido, en su mayoría varones de clase media residentes en las ciudades, pero siguió excluyendo a la mayor parte de la población adulta: el 93%, mujeres incluidas.

Férreo control aristocrático

Por lo demás, esta modesta incorporación de nuevos votantes, todos ellos propietarios, no modificó de forma sustancial una correlación de fuerzas favorable a la aristocracia. Ésta siguió manteniendo el pleno control de la cámara no electiva del Parlamento, la de los Lores, de los puestos de gobierno regional y local y de los altos cargos de la administración del Estado, donde no existía un sistema de selección por méritos. La burguesía, que había mostrado una cierta capacidad de movilización en defensa de sus intereses, continuaba con una presencia política escasa, inferior al poder económico que iba acumulando al compás de la industrialización.

Los británicos eran, en su conjunto, más ricos que en cualquier momento anterior de su historia pero esta riqueza estaba más desigualmente repartida, con el 10% de la población copando más del 50% del total de la renta nacional. A la cabeza de las mayores rentas, y con los mayores patrimonios del país, figuraba la aristocracia. En el otro extremo se situaba la población trabajadora, un sector mayoritario sobre el que pendía la amenaza de la miseria, permanente o coyuntural, provocada por los bajos salarios, el paro o circunstancias familiares adversas. En 1834, se introdujo una nueva ley de asistencia a la pobreza que, en nombre de los principios liberales, intentaba acabar con el tradicional modelo asistencial que aseguraba a los necesitados de cada parroquia su mantenimiento a cargo de los contribuyentes del lugar. Ello supuso para los trabajadores un elemento de indefensión, que vino a sumarse a la situación de desarraigo en la que se encontraban muchos de ellos, inmigrantes recientes en un mundo urbano e industrial en el que todavía no habían conseguido asentarse.

Arriba, **el príncipe Alberto, personaje fundamental en la vida de la Reina y en una parte importante de la era victoriana (por Francis X. Winterhalter (Londres, National Portrait Gallery).** Abajo, **un aspecto de la Exposición Universal de Londres, su momento estelar.**

Quienes consideran que la situación de estos trabajadores estaba mejorando, aportan como principal prueba un apreciable incremento salarial en las décadas posteriores a las guerras napoleónicas; incluso se ha sostenido que los salarios reales se habían llegado a doblar hacia 1850. Frente a estas estimaciones han surgido otros cálculos con aumentos mucho más modestos y desigualmente repartidos.

En otros aspectos de las condiciones de vida, las mejoras, caso de producirse, fueron menos apreciables: la mortalidad quedó estancada a partir de 1830 después de varias décadas de descenso; el

Asalto a comercios de Picadilly durante las protestas obreras de febrero de 1886 (*La Ilustración Española y Americana*).

número de horas trabajadas estaba siendo tan alto al menos como antes de iniciarse la industrialización, con el añadido de una intensificación de los ritmos de trabajo, una despersonalización de las relaciones laborales y una utilización del trabajo infantil fuera del marco familiar. Como consecuencia de todo ello, la estatura de la población tendió a disminuir en algún momento del periodo y la alfabetización también sufrió un retroceso temporal.

Hacinamiento y miseria urbana

Algunos de estos hechos guardan relación con las características que presentaban las ciudades, en rápido crecimiento, sin planificación ni provisión de infraestructuras: el paisaje urbano, sobre todo el del centro de las ciudades, donde tendía a aglomerarse la población con menores recursos, se asemejaría a los barrios de *favelas* de ciertas urbes. Las enfermedades infecciosas encontraban en aquellos barrios obreros el caldo de cultivo adecuado, originando una sobremortalidad que se traducía en una muy baja esperanza de vida, por debajo incluso de los 25 años. Como es lógico, los ricos procuraban huir de allí, estableciendo su residencia en zonas más salubres de la periferia de los centros urbanos.

Tales circunstancias, unidas a la creciente conciencia y organización de quienes las sufrían, condujeron en la década de 1830 a una explosión de protestas sociales, de las que el Cartismo fue la más espectacular. La reivindicación de derechos políticos, contenidos en la Carta, redactada en 1838 por asociaciones de corte radical y democrático, se convertiría en el referente de una multitud de trabajadores y de algunos sectores de la pequeña burguesía, y a ser vista como la palanca para conseguir también cambios sociales, con la consiguiente alarma de las autoridades. Esta movilización, con visos de conciencia de clase, se iniciaba cuando el miedo ya cundía entre la población acomodada ante el aumento de la delincuencia urbana y ante la utilización de la ciudad como escenario de mítines y manifestaciones. Para dar una respuesta eficaz a los nuevos desafíos, en 1829 se creó la Policía, inicialmente en Londres.

1901, una sociedad transformada

Seis décadas después, y sin que la reina Victoria tuviera nada que ver en ello, pese a los honores recibidos hacia el final de su larga vida, la posición del Reino Unido en el escenario mundial y las características de la sociedad británica se habían modificado sustancialmente.

Al cambiar el siglo, ya había quedado atrás el cénit del poder político y económico británico, aun-

Mitin del líder obrero John Burns, durante una huelga de estibadores en Londres, contra las condiciones de trabajo impuestas por la compañía *East and West India* (*La Ilustración Española y Americana*).

que no resultaba fácil a los observadores de la época, inmersos en la autocomplacencia provocada por décadas de hegemonía, comprender la nueva situación. Además, la visión del gigantesco Imperio, aquel mapa escolar en el que el color rojo teñía más del 20% de la superficie terrestre, alimentaba la sensación de superioridad de unos británicos no insensibles a la propaganda que, desde ámbitos tan diversos como la literatura juvenil, los espectáculos musicales o los anuncios de muy variados productos, bombardeaba aquella incipiente sociedad de masas.

El ciudadano de las Islas se lucraba con las desiguales relaciones de intercambio existentes entre la metrópoli y sus colonias, entre las que la India era la pieza principal, la simbólica joya de la Corona que la reina Victoria, emperatriz desde 1877, ceñía en sus sienes. Un amplio contingente de administradores civiles, procedentes en los rangos más elevados de las filas aristocráticas o de la burguesía pasada por los *colleges* más acreditados, de militares de graduación, también de extracción aristocrática, y de soldados voluntarios, se dedicaba a la labor de defender la causa de la civilización, y de los intereses británicos, en tan distantes territorios.

Pero el esplendor imperial ocultaba síntomas claros de decadencia. Los tiempos del dominio absoluto de los mares habían quedado atrás, ante la incapacidad de la flota de guerra británica de afrontar el crecimiento simultáneo de las escuadras de países como Estados Unidos, Alemania y Japón. También era cosa del pasado el control que la diplomacia británica ejercía sobre los acontecimientos europeos, convertido ahora en aislamiento. La guerra bóer (1899-1902), el enfrentamiento con los colonos de ascendencia holandesa en el Sur de África, a los que un ejército británico muy superior en número no conseguía doblegar, estaba en aquellos momentos revelando la debilidad del poderío militar del mayor imperio colonial. Más preocupante, si bien menos aparente, era el lento declive económico iniciado un cuarto de siglo antes, que estaba trastocando, en beneficio de Estados Unidos y Alemania, aquella hegemonía en la producción y exportación de manufacturas que durante casi todo el siglo XIX había correspondido al Reino Unido.

Más derechos, menos conflictos

Al margen de estas tendencias, la sociedad británica de 1901 gozaba de más derechos y era menos desigual y conflictiva que en 1837. Sucesivas modificaciones de su legislación electoral habían ido extendiendo el derecho a voto en la elección de los miembros del Parlamento a un mayor porcentaje de población, aunque todavía carecían de él un tercio de los varones mayores de edad y todas las mujeres, y habían introducido mayor limpieza en las votaciones al garantizar el carácter secreto del voto. Estos cambios impulsaron la modernización de los partidos políticos. Los nuevos partidos Liberal y Conservador recibieron la herencia *whig* y *tory* pero, a diferencia de aquellas poco disciplinadas agrupaciones de aristócratas, eran organizaciones menos elitistas, con una estructura interna, una maquinaria electoral, un programa y una presencia continuada en el tejido comunitario.

La sociedad de 1901 seguía siendo clasista, con marcadas diferencias en los valores, hábitos de vida y riqueza de sus miembros, si bien la distancia entre aristócratas y burgueses tendía a disminuir. Pero, pese a la persistencia de enormes desigualdades en el reparto de la renta, la población trabajadora disponía de mayores ingresos –lo que no excluía un elevado número de pobres– y, en general, sus condiciones de vida habían mejorado: los peores abusos en la explotación de la mano de obra infantil pertenecían al pasado; el horario de trabajo era más corto; la alimentación mejor, más variada y, desde el último cuarto de siglo, más barata. Lentamente, las ciudades estaban dejando de ser el centro de todo tipo de enfermedades infecciosas, si bien la mortalidad infantil se resistía a descender y la esperanza de vida de su población todavía era muy baja; la escolarización en edad primaria garantizaba la alfabetización de las nuevas generaciones. La conflictividad social se había atenuado al mediar el siglo, tras la extinción del Cartismo. La mejora de las condiciones de vida, la mayor tolerancia de la actividad sindical y la incorporación de un amplio sector de la población al juego político estaban detrás de este escenario menos crispado, aunque no idílico, pues las huelgas y la militancia sindical se incrementaron en el último trecho de la época victoriana.

Estratificación social en 1867 (según Baxter)

Categoría social	Ingresos anuales	Efectivos (%)
Clase Superior	+ de 5.000 £	7.500 (0,076%)
Clase Media Superior	1.000-5.000 £	42.000 (0,4%)
Clase Media	300-1.000 £	150.000 (1,5%)
Clase Media Inferior	100-300 £	850.000 (8,7%)
Clase Media Inferior Inferior	menos de 100£	1.003.000 (10,2)
Obreros cualificados		1.123.000 (11,4%)
Obreros semi-cualificados		3.819.000 (38,8%)
Mano de obra y obreros agrícolas		2.843.000 (28,9%)
TOTAL		9.837.500 (100,0%)

Población activa en Inglaterra y Gales
Fuente: G. D. H. Cole: *The Common People, 1746-1948*, London, 10 ed. 1966.

Arriba, visita de cortesía de la reina Victoria y su esposo, el príncipe Alberto, a la escuadra francesa el 15 de octubre de 1844. El cuadro les representa mientras saludan a la oficialidad del *Gomer* (por Biarol). Abajo, barrendero londinense en 1848 (daguerrotipo de Beard, *Morning Chronicle*).

Ocaso victoriano

Sin esperar a que la reina Victoria falleciese en 1901, ya habían comenzado a tambalearse algunos de los valores que poco más adelante serían considerados, de forma retrospectiva, victorianos. La religión ya no ocupaba el lugar central que antes había tenido en las conciencias y la vida del país. El censo de 1851 había revelado un mapa de la práctica religiosa en el que la oficial Iglesia Anglicana no superaba al conjunto de las confesiones disidentes. En los años siguientes, los esfuerzos de las diversas iglesias no habían podido evitar una creciente secularización de la sociedad, circunstancia de la que en parte ellas mismas eran responsables por su alejamiento de los problemas sociales y por la recepción hostil de los descubrimientos científicos que negaban la literalidad de los textos bíblicos.

Otro de los pilares del victorianismo que se estaba resquebrajando era la rígida diferenciación en sexos, que limitaba el despliegue de las cualidades afectivas femeninas a la vida familiar. El acceso a la educación más allá de las primeras letras y la presencia, en las últimas décadas del siglo, de mujeres de clase media ejerciendo actividades remuneradas en la enseñanza y en el sector terciario estaban rompiendo moldes, aunque para las hijas y esposas de extracción humilde, el trabajo fuera del hogar había sido siempre una realidad impuesta por la necesidad.

La consecución de iguales derechos políticos que los varones era todavía una reivindicación pendiente, a la que dedicarían el grueso de sus esfuerzos las sufragistas de los siguientes años. Más silenciosa, pero no menos reveladora de cambios, era la reducción de natalidad que se estaba produciendo entre la última generación de familias victorianas. El hecho, que demostraba una quiebra de la moral cristiana en materia de sexualidad, pues era consecuencia de un control voluntario de la natalidad dentro del matrimonio, estaba conduciendo a la paulatina desaparición de las grandes familias –otra característica del victorianismo– y a la reducción del crecimiento de una población de Gran Bretaña que, en el reinado de Victoria, se había más que duplicado.

La sociedad en el espejo

Entre la grandeza imperial y el realismo: un arte para la burguesía

Ana Mª Arias de Cossío
Profesora titular de Historia del Arte
Universidad Complutense, Madrid

AL CONTEMPLAR EL MONUMENTO QUE se levanta en el Hyde Park londinense en honor del Príncipe Alberto, se tiene la sensación de que más que de un monumento funerario, se trata de una apoteosis de la época victoriana y de su concepción del mundo. Una alta plataforma recorrida por un friso donde se esculpen retratos de escritores, músicos, artistas de todos los tiempos que con el criterio de selección aplicado en ese momento merecían estar en tan prestigioso altar. En las cuatro esquinas de esa plataforma, grupos escultóricos de la industria y el comercio, la agricultura y la ciencia y sobre ella el edículo gótico que cobija la estatua sedente del fallecido príncipe consorte; en los cuatro pilares que le rodean, grupos alegóricos de los cuatro continentes por donde se extendió el poder de tan vasto Imperio... Así, el Príncipe Alberto se contempla como el centro de todo este himno triunfal a la era que protagonizó junto a su esposa Victoria.

Sus autores, como todos los panegiristas de la época, estimaban que victorianismo era sinónimo de prosperidad. Una prosperidad que quisieron mostrar al mundo en la Exposición Universal de 1851 que impulsó el propio Alberto; para exhibir tan preciada mercancía se levantó un magnífico edificio-símbolo de la utilización de los nuevos materiales, el Palacio de Cristal, colosal obra de Paxton construida en hierro fundido y forjado combinados y cristal. Fue, ya se sabe, la primera vez que se levantó un edificio a base de piezas prefabricadas que se ensamblaban allí mismo. Sin duda no cabía mejor espacio...

Arte para la burguesía

Sin embargo, el largo reinado de Victoria de Kent, que en términos generales supuso la transformación de la vieja Inglaterra rural en un moderno país industrializado en torno al cual giraba la economía del mundo, no fue igual de próspero para todos sus habitantes. Basta contemplar el plano de Londres de 1880 para advertir la ciudad ordenada conforme al esquema de la era industrial, con el consabido contraste entre barrios de una burguesía pujante y barrios obreros, que los grabados nos devuelven como ámbitos de extrema pobreza.

De hecho, cuando la reina Victoria subió al trono, la riqueza estaba pasando a manos de la burguesía formada por comerciantes y fabricantes, que cada vez fueron teniendo mayor poder, aunque no más cultura, pero aún así fueron los nuevos mecenas para los artistas y el público lector de los escritores. Se hicieron coleccionistas de pintores británicos modernos, porque en su mentalidad preferían la probada autenticidad de una firma conocida a los misterios que planteaban los maestros antiguos y, lógicamente, disfrutaban mucho más con las historias reconocibles –donde valoraban la capacidad narrativa, el detalle descriptivo y la caracterización, para llegar a sencillas moralejas– que la mitología clásica, o la alegoría lejana, ofrecidas por la tradición europea. Todo ello provocó la moda de las escenas cotidianas, que dominó al principio la pintura de género.

Irremisiblemente se fue agrandando el abismo interclasista y esa sociedad burguesa del bienestar dejó a la mayor parte de los desfavorecidos británicos y coloniales literalmente en brazos de la miseria. Los pintores y los escritores dieron testimonio de esta otra cara de la moneda, dejando a la vez constancia de una serie de paradojas que

La reina Victoria y el príncipe Alberto en un baile de disfraces **(óleo de sir Edwin Landsear, datado entre 1842 y 1846, Londres, Buckingham Palace).**

agrupan todo este capítulo de la pintura británica bajo el amplio paraguas del Realismo. Una evidente originalidad, como voy a tratar de explicar.

Al mismo tiempo que W. Dyce pintaba el boceto para la decoración al fresco de la residencia veraniega de la Reina Victoria y el Príncipe Alberto en la Isla de Wight, representando una *Alegoría de la supremacía marítima británica*. Allí aparece Britania, acompañada de figuras que significan los logros de la industria y la ciencia, a la que Mercurio va a entregar la corona que ofrece Neptuno; como complemento, las nereidas y los tritones señalan las riquezas del mar que ofrecen asimismo a Britania, en ejemplo de la riqueza del país en 1847.

Contemporáneamente, otro pintor inglés, G. Frederic Watts, pintaba *El hambre irlandesa*. Para Watts era necesario reflejar esta tragedia moderna que se traducía no sólo en hambre sino en migraciones desesperadas a otros países especialmente a Estados Unidos.

En uno y otro caso el léxico del que disponían los dos artistas era el clásico, estaba empapado de la tradición de los maestros renacentistas en la alineación y en el reparto de las masas cromáticas, casi podría decirse que Watts ennoblece la miseria al

Neptuno entrega a Britania el reino de los mares**, 1847, una alegoría de la supremacía marítima británica (fresco de William Dyce, que decoraba la residencia de Victoria y Alberto en la isla de Wight).** Derecha, ***El mundo del autobús en Londres*****, 1859, de William Maw Egley, un cuadro de un realismo meticuloso, completamente victoriano en color y estructura, que un crítico contemporáneo describió como "dolorosamente auténtico" (Londres, Tate Gallery).**

asociarla con venerables composiciones que recuerdan las "Sagradas familias" rafaelescas.

Otras composiciones devuelven las escenas que demuestran cómo esa burguesía que va formando sus colecciones utiliza las grandes novedades y avances de su época. Tanto W. Maw Egley como William Powell Frith apostaron por los temas de la vida moderna capaces de interesar al público bur-

gués; y el primero, con *El mundo del autobús en Londres* (1859) y el segundo con *La estación* (1860). Ambos lienzos son meticulosos en los detalles de indumentaria y plenamente victorianos en cuanto a color y estructura. Respecto al lienzo de Egley, un crítico de *Art Journal* lo describía como una obra "dolorosamente auténtica". En *La estación* –se trata de la londinense de Paddington, atestada de gente– Frith tiene gran cuidado en representar fielmente el espacio, el ajetreo y la indumentaria de los viajeros, tanto que, como dijera el crítico del *Times*, constituye "un espejo de la época porque el señor Frith contribuye a hacer para nuestra época lo que Hogarth hizo para la suya".

Fue ese el momento de Charles Dickens, quien dejó páginas literarias inolvidables, no sólo de la infancia desfavorecida, sino también de algunas de las hipocresías características de una sociedad burguesa que hacía del puritanismo un valor incuestionable. No fue, desde luego el único: hay que contar, también, con Thackeray, G. Bulwer-Lytton y con las hermanas Brontë. Aunque estos autores no mantuvieron la fluida identificación con el gran público que tuvo Dickens, sí debe señalarse que inmortalizaron en sus obras ciertos valores de la época; por ejemplo, en el caso de las hermanas Brontë, la minuciosidad con que describen los detalles de su mundo rural recuerda la importancia que se dio al estudio de las ciencias y contrasta sin duda con su ensoñación poética. Thackeray es un escritor en quién la ironía es una nota constante.

Los prerrafaelistas

Todos estos valores encontraron en la Hermandad de los Prerrafaelistas, fundada en Londres en 1848, sus mejores intérpretes. Sus componentes estaban en desacuerdo con el academicismo oficial y proponían una regeneración del arte que ellos situaban en los pintores italianos anteriores a Rafael. Trataron argumentos contemporáneos, a los que dieron siempre una lectura social o moral. Otras veces utilizaron temas literarios, religiosos o históricos que reflejaron con la misma sensación de realidad cotidiana para hacer más comprensible el mensaje ético que proponían.

***Ecce Ancilla Domini*, 1850, de Dante Gabriel Rossetti, representa la lucha por sublimar la sensualidad erótica. La áspera crítica sobre los cuadros enviados a la exposición de 1850 se cebó en este simbólico idilio, auténticamente prerrafaelista, en el que el autor ahonda en la relación hombre-mujer (Londres, Tate Gallery).** Abajo, ***El trabajo*, 1852-65, de Madox Brown, es un microcosmos burgués que refleja, no el mundo duro de la industria y las condiciones laborales, sino la visión que tenía la clase media británica de la sociedad victoriana (Manchester City Art Gallery).**

La verdad es que no tienen, salvo en los momentos iniciales, demasiada homogeneidad de estilo. Por tanto, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, bajo el epígrafe de prerrafaelistas, caben estilos muy diferentes que van desde un realismo cotidiana a un simbolismo casi críptico a final del siglo, pero que siempre conservan una lectura moral que las más de las veces pone en evidencia las grandes paradojas de la era victoriana.

Pocos lienzos como *El trabajo* de Madox Brown representan mejor el programa del reinado de Victoria de Kent. Pintado durante trece años, es una composición alegórica bajo apariencia cotidiana con la representación en la calle de las clases sociales entre las que figuran clérigos, reformadores y personajes ociosos, en un verdadero microcosmos expresado con una fórmula acentuadamente burguesa y correspondiente a la clase media. El pintor representa lo que conoce; no la industria dramatizada como lo hicieron otros pintores, sino su propio y reducido círculo.

Comparado con la apoteosis artística de un Courbet, podría hablarse aquí de una insensatez, pero en realidad este cuadro dice mucho sobre la Inglaterra de mediados del siglo XIX y se eleva a la categoría de lo típico por basarse en el aquí y en el ahora. Tanto por el empleo del color como por la alegría que muestra uno de los muchachos por el trabajo realizado, el pragmático idealismo de *Work* es específicamente insular, insularidad que se ve en cualquier detalle del lienzo porque tanto el pordiosero, como el bebedor de cerveza o los aristócratas ociosos del fondo, han sido ordenados en relación con el grupo central de peones en el que el muchacho en pie con la pala, está de algún modo heroizado revelando la solidaridad del pintor con la clase trabajadora. He aquí, pues, una pirámide de la clase media, orientada según ciertos estratos, en la que quedan descartadas la utopía y la denuncia.

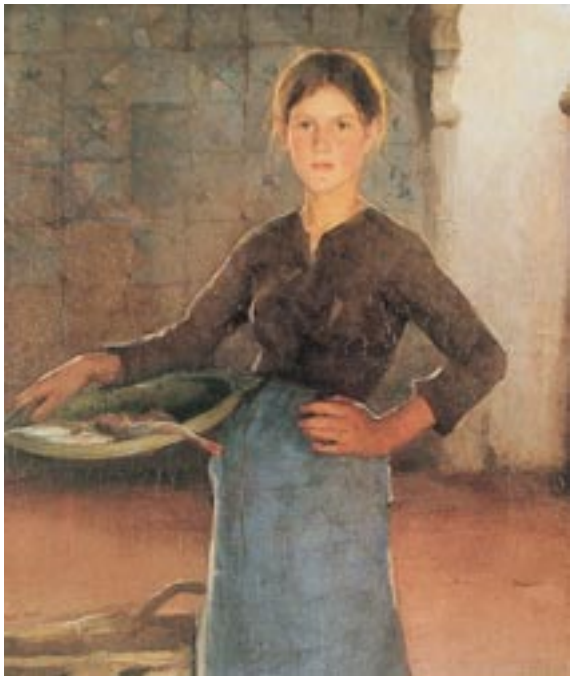
***Última mirada a Inglaterra*, 1855, (Madox Brown refleja aquí la ola de emigraciones de 1852, Birmingham City Museum).** Abajo, ***La estación*, 1860-62 (por William Powell Frith, Royal Holloway, Universidad de Londres).**

Sorprendente tratamiento de la clase trabajadora, si se tiene en cuenta que era el país más industrializado del momento y en el que cabría esperar crónica reivindicativas de un proletariado que crea la riqueza de clases superiores. Mas no fue así y esa es otra especificidad insular, quizá porque el movimiento social más fuerte en Inglaterra fue el Cartismo, que tenía poca relación con el socialismo, bien por la fuerza de la religión metodista entre las clases populares a las que habían empapado con su componente de conservadurismo antirrevolucionario.

Emigración

En este contexto cabe explicar otro cuadro del mismo artista *Última mirada a Inglaterra*, un cuadro que exige una lectura repetida. Sus superficies planas y sus figuras se engarzan como en un rompecabezas y las direcciones seguidas por las miradas, lo mismo que en Manet, parecen ser divergentes, como queriendo decir cada una una cosa distinta. Representa a unos emigrantes que abandonan la isla y dirigen hacia ella sus últimas miradas antes de concentrar sus pensamientos en el lugar al que se dirigen. Entre la popa del barco y los acantilados de la costa hay ya un trecho de mar. La pareja está conscientemente aislada con varios elementos realistas, la borda y el paraguas. Se trata de una unidad rígidamente frontal que se subraya por las manos enlazadas como un juego de señales de algo que no puede pronunciarse.

Desde el punto de vista documental, se refiere a la ola de emigraciones del año 1852 y parece que el motivo concreto lo proporcionó la emigración del escultor Thomas Woolner, pero Brown, como Dickens, deja lo anecdótico, igual que en las escenas de emigración de *David Copperfield*... En la barca puede leerse *El Dorado*, pero en realidad se dirigen hacia un futuro incierto que rompe con todas las viejas ataduras... Contraimagen del triunfalismo colonial de la época victoriana que, bajo pretexto de llevar fe y civilización a los salvajes, obligaba a estos emigrantes a buscar felicidad y prosperidad, que mana como una fuente entre las colonias y la madre patria, en una lejanía tanto más dolorosa si



Dos ejemplos del reverso de la medalla en el ocaso de la era victoriana: *Se han ido* (izquierda)**, 1877 (Frank Holl, Londres, Museo Geffrye) y *Joven pescadora de Zand Voort*, 1884, con un tratamiento del paisaje que recuerda aspectos de la pintura modernista (óleo de E. Forbes, Penzance, Newly Orion Galleries).**

se piensa en su desconocimiento. Es una vez más el reverso de la brillante medalla del Imperio.

Como la *Mariana* de E. Millais o el *Ecce Ancilla Domini* de Dante Gabriel Rossetti, sobre el tema de la alegoría, un idilio simbólico auténticamente prerrafaelista se intensifica, debido al reducido espacio donde el tema se desarrolla. La actitud de la figura de María asustada y fascinada ante la actitud del ángel, hace que el cuadro mantenga en suspenso el tema del amor celestial y el amor terrenal, un tema fundamental en Rossetti, así como la relación hombre-mujer. La áspera crítica sobre los cuadros enviados a la exposición de 1850 por los prerrafaelistas se cebó en éste. Sin embargo esta campaña contra el grupo permitió que surgiera un influyente defensor, John Ruskin, que en dos cartas dirigidas al *Times* explicó los objetivos de la nueva pintura.

Para Rossetti la obsesión por sublimar la sensualidad erótica a través de formas mitológicas, religiosas o literarias es fruto de una lucha personal casi agónica, de la que es exponente la *Beata Beatrix* (1862). Ideal femenino inalcanzable y, por ello, llevado al éxtasis.

Hacia el Simbolismo

Poco a poco, la pintura de este heterogéneo grupo de pintores que llenan la segunda mitad del siglo XIX en Inglaterra se desliza hacia las pautas del Simbolismo y el decorativismo finisecular –especialmente en la obra de Burne-Jones, muerto en 1898– y cuyo léxico, salvo en la obsesión por el detalle, poco tiene que ver ya con las propuestas iniciales, mientras que se van acercando a los pintores del continente, bien a los simbolistas, bien a quienes hacen de la luz y el color elementos pictóricos de primer orden.

Entre los primeros, están las obras de E. Burne-Jones y las de John Poynter o de tantos otros pintores que, con línea sinuosa y precisa, se dedicaron a evocar escenas de la literatura medieval en ensoñaciones evanescentes que se alejan de la realidad cotidiana y entran en los espacios de la pintura literaria, tan característica de los simbolistas.

Los valores del paisaje, con un tratamiento de la luz y el color que recuerda algunos aspectos de la pintura modernista y aún de la luminista, pueden encontrarse, a la altura de 1884, en obras de E. Forbes, como *Joven pescadora de Zand Voort* y, también, en paisajes como el de W. Osborne titulado *Mañana de octubre,* por poner sólo dos ejemplos.

Aún así, no faltan en estos últimos años del siglo artistas que prefieran expresar una vez más el reverso de la medalla en el ocaso del reinado de Victoria. Sir Hubert von Herkomer pintó en 1885 *Tiempos difíciles* y Frank Holl por la misma época, nos dejó, con una técnica de valientes manchas, otra dolorosa muestra: *Se han ido*.

Para saber más

Bédarida, F., *La Inglaterra victoriana*, Barcelona, Oikos-Tau, 1988.
Benet, J., *Londres victoriano*, Barcelona, Planeta, 1989.
Briggs, A., *Historia social de Inglaterra*, Madrid, Alianza, 1994.
Canales, E., *La Inglaterra victoriana*, Madrid, Akal, 1999.
Charlot, M. & Marx, R. (dirs.), *Londres 1851-1901. La era victoriana o el triunfo de las desigualdades*, Madrid, Alianza, 1993.
De La Torre Del Río, R., *La Inglaterra victoriana: política y sociedad*, Madrid, Arco/Libros, 1997.
Gay, P., *The Bourgeois Experience. Victoria to Freud* (2 vols.), W.W. Norton, London, 1999.
Hobsbawm, E. H., *Industria e imperio*, Barcelona, Ariel, 1982.
Longford, E., *Victoria, R. I.*, London, 1964.
Strachey, L., *La reina Victoria*, Madrid, Valdemar, 1997.
V.V. A.A., *Defining the Victorian Nation. Class, Race, Gender and the Reform Act of 1867*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.